

# Tras la línea

## El contagio del sicario

Sergio González Rodríguez

Campbell alternaba dos obsesiones cotidianas: la curiosidad y la tristeza. Cuando la segunda se replegaba, salía a la ciudad en busca de temas, libros o personas para satisfacer su deseo de cosas nuevas. Era experto en descubrir amigos y gustaba de las cafeterías. Un día me llamó por teléfono. Quería conocerme y me citó en la cafetería El Parnaso, que estuvo en la avenida Insurgentes, a una calle del teatro con el mural de Diego Rivera sobre la historia del teatro mexicano.

Campbell compartía conmigo el gusto de frecuentar cafeterías. La moda del café con libros vino de Buenos Aires y, algo curioso, cuando he estado allá lo menos que hice fue acudir a una librería para tomarme una taza de café. Vicios leales, desde su origen. En el Parnaso Campbell y yo charlamos de Rulfo: era su amigo o, al menos, lo conocía un poco, si eso puede decirse del autor de *El Llano en llamas*, a través de otro amigo común que tenía apellido de personaje rulfiano: Nepomuceno.

Campbell me había citado a la una de la tarde y yo llegué un poco antes. Entonces tenía un hábito: si entraba en una librería, tenía que adquirir un libro. Esa vez compré dos: *Política y delito* de Enzensberger y *El jardín de los Finzi-Contini* de Bassani. Ambos estaban en un estante de ejemplares de saldo, eran primeras ediciones de años atrás. Pagué y subí al segundo piso, donde una hilera de mesas contemplaba la avenida.

Diez o quince minutos después, vi entrar a Campbell. Saco de tweed color café, camisa azul, pantalón de mezclilla, mocasines. Oscilaba al caminar el torso y la cabeza redondos, el paso cadencioso, la mirada clara, sonreía desde lejos. Quería saber quién era yo. Había leído algún artículo

mío y, a la usanza de quienes habían nacido fuera de la ciudad —él era norteamericano—, llevaba consigo una sencillez de trato inusual.

La plática apenas se diversificó: Rulfo estaba en medio de nosotros como un espectro tenaz. Campbell buscaba nuestras afinidades. Al despedirnos, me contó que vivía en el vecindario. Años después se mudaría a la colonia Juárez, cerca de donde estuvo durante un tiempo la Librería Italiana, en la calle de Londres.

Para entonces, la amistad de Campbell con el escritor italiano Sciascia era legendaria entre nosotros. Fuimos a una cafetería donde él insistió al dueño en que debía permitir el uso de la barra no sólo para despachar las órdenes de alimentos y bebidas sino para dejar que la clientela tomara café allí, al estilo de los establecimientos italianos. Durante una hora él y yo charlamos de pie como si estuviéramos en Palermo. Las experiencias decisivas de las personas se transfiguran en hábitos.

Campbell me enseñó a pronunciar el apellido de aquel escritor: debía expresarlo como un latigazo bisílabo hecho de dos equis suavizadas pero súbitas (Sha-sha). Hablamos también de la hipótesis sciasciana, que sería cumplida en poco tiempo, sobre la sicilianización del mundo: el auge de las mafias y el crimen por todo el planeta. Campbell me contó una historia, no alcanzo a recordar si la escuchó de Sciascia o la tomó de la prensa o de un libro: *la vendetta del sicario*, o algo así, afirmó Campbell en exacta prosodia italiana.

La venganza del asesino a sueldo, de acuerdo con la historia que me refirió Campbell, es una modalidad donde el sicario le pregunta a quien ordena el asesinato de un rival, un enemigo o tan sólo alguien despreciable al grado de implicar

su muerte, si quiere que la orden se realice cuanto antes, o bien diferida.

Si la eliminación de la víctima se quiere cuanto antes, el costo es bajo, accesible casi para cualquier persona. Si la muerte se pretende a mediano o largo plazo, el costo es muy alto. “Ante la disyuntiva, la mayor parte de quienes ordenan un asesinato elige la segunda modalidad”, contaba el sicario según Campbell, “porque en esta existen dos pasos: en el primero, la víctima recibe la amenaza de muerte, sutil, insidiosa. En el segundo, la muerte se suspende, pueden pasar semanas, meses o años sin que nada acontezca y, un día, cuando la víctima ha olvidado la amenaza, surge el sicario con un asesinato lento, cruel, lúcido”.

En Sicilia, contaba Campbell, se han dado casos de familias de sicarios. Un hijo hereda del padre alguna tarea diferida sin importar el tiempo transcurrido. La venganza del sicario consiste en ese hacer propio, entrañable, sanguíneo, el asesinato ordenado por otro.

La intromisión en la vida del prójimo. Campbell era un buen entrometido. Fundó una pequeña editorial para publicar a poetas jóvenes. Persiguió a los mejores escritores de la época para entrevistarlos. Hizo amigos con sólo compartir sendas tazas de café. Le robó a la melancolía horas y días de lectura y convivencia. Pienso en la figura del entrometido malo y se abre un suspenso que no cierra.

Mi amiga Daniela vivía en Cuernavaca, y me invitaba a pernoctar allá en la casa de su familia en un barrio que, establecido medio siglo atrás, era lujoso y tranquilo. Cuando yo lo conocí era tranquilo. Se respiraba la atmósfera de un esplendor en declive, que incluía en aquella casa una

alberca de muros fracturados por un sismo y un jardín salvaje.

Desayunábamos en la cocina y, activa siempre, Daniela me hacía subir a su coche y salíamos a pasear por Cuernavaca. Me contaba al internarnos en el tráfico infernal de callejuelas y avenidas saturadas de vehículos, cómo el novelista Garibay había sido cortés y mesurado con ella cuando se acercó a saludarlo.

Mantenía su fama de don Juan a pesar de la edad avanzada, fumaba y emitía frases exactas, casi aforísticas cuando dialogaba con alguien. “Es usted una mujer muy hermosa”, apostilló al despedirse de Daniela, ya ausente en él cualquier cortejo. Describió, no intentaba nada más. Se despedía de ella y del que fue: en breve, Garibay moriría.

Una tarde, al pasar por el centro en los alrededores del quiosco, Daniela me hizo voltear a un restaurante con terraza a la calle en cuya mesa solía sentarse a descansar, o a la espera de alguien que solicitara su oficio, un asesino a sueldo. Daniela me pidió que, por favor, fuera discreto. Y bajó la velocidad del coche y dijo: “pero no voltees, no voltees”.

Casi habíamos pasado frente al lugar cuando torcí el cuello para mirar al sicario: creo recordar que era un hombre de mediana edad, el cabello negro con algunas canas, moreno, ni gordo ni flaco. Levantó la mirada del periódico que tenía en sus manos y advirtió la mía. Si aún vive, tendrá en su memoria ese instante en el que nuestros ojos se entrecruzaron.

Al ir en el volante, Daniela no supo ni yo le conté cómo incumplí su advertencia. Todo sicario, en cualquier parte del mundo, comprende el efecto diferido. Mi pinta de matón espurio, su pinta de matón real. Quizás al verme él pensó en las muertes que debía, mientras yo comencé a pensar si yo no debía o habría de deber alguna afrenta que ameritara un acto extremo contra mí. El contagio del sicario.

A lo largo de los años, y cuando viajo al extranjero, me detienen en las oficinas de migración. En el Aeropuerto Kennedy de Nueva York estuve cuarenta minutos a la espera de que se autorizara mi entrada. Era una sala grande con sillas donde aguardábamos los viajeros de aspecto “latino”. Se respiraban tensión y nerviosismo que contrastaban con la parsimonia gélida de

los agentes migratorios. Sin levantar la vista, luego de vocear mi nombre, un oficial me extendió el pasaporte sellado.

En el aeropuerto de Fráncfort, sufrí vejaciones por agentes alemanes vestidos de civil que, documento en mano que se negaron a dejar que leyera, insistían que yo era un traficante de drogas (atribuyo el episodio a la turbiedad de la fiscalía federal de México para hostigarme por mis pesquisas periodísticas). Luego de obligarme a desnudarme y otros abusos, me permitieron continuar mi viaje.

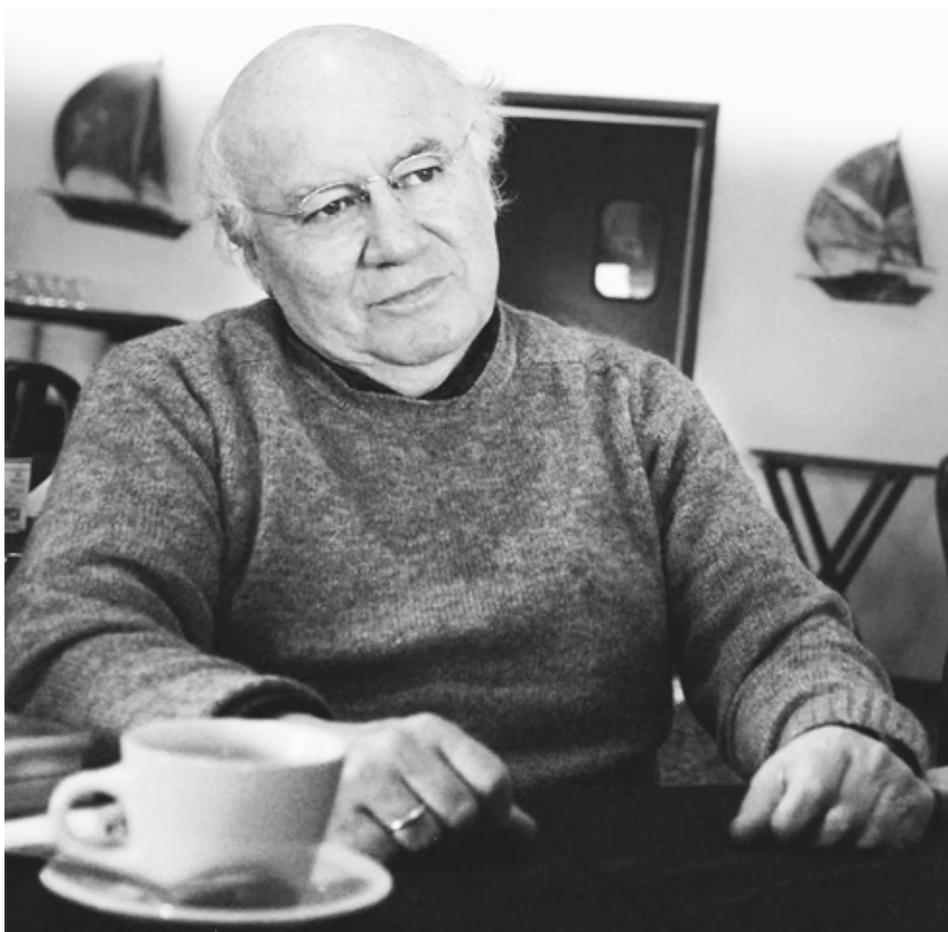
En el aeropuerto de Malpensa en Milán un agente italiano vestido de civil me acosó durante minutos: agresivo, me interrogó una y otra vez sobre el motivo de mi viaje. Otra vez, también en Milán, una agente me obligó al examen de mi equipaje y se negó a escucharme cuando le expliqué quién era y qué hacía. Dejó claro su empeño de agredir.

En el Aeropuerto Charles de Gaulle de París, fui detenido en un pasillo por un agente francés que tenía una mesa a un lado. Revisó la bolsa que llevaba al hombro y, en perfecto español, me sometió a un interrogatorio ominoso hasta que se aburrí. Podría enumerar otros casos. Ante ellos, vuelvo a pensar en el contagio del sicario.

Una mañana de 2004, fui citado en una cafetería por un funcionario de inteligencia de México. Quería advertirme que una persona muy importante había ordenado mi desaparición y muerte debido al resultado de mis investigaciones sobre los asesinatos de mujeres en Ciudad Juárez. Una urdimbre de corrupción, crimen e impunidad. Me sugería jamás viajar allá.

Esa vez comencé a preocuparme, pero me vino a la mente, veloz, contundente, el antiguo dicitario de los jugadores de ajedrez, los consejeros del príncipe, los políticos viles: si vas a matar al rey, no falles. Estuve lejos de fallar con mis pesquisas: ayudaron a desarticular una red de intereses de poder que trascendía la frontera.

Pienso en todo lo escrito arriba: en Campbell, en Rulfo, en Sciascia, en el sicario de la venganza, en Garibay, en Daniela y en el asesino a sueldo que ella me mostró. Apenas me he dado cuenta: quizá deba ir ahora a la terraza de una cafetería. **U**



Federico Campbell